

PERSPECTIVAS PASTORALES DE LA ENCICLICA "HUMANAE VITAE"

JESUS FERRER

"Todos los católicos debemos agradecer profundamente la claridad y el sentido positivo de esta encíclica que, ante todo, es un sí claro a la vida, al amor, a la fe en la Providencia, a la eficacia de la gracia divina..." Estas palabras de la Declaración del Episcopado español —el 27 de noviembre de 1968—, sobre la encíclica *Humanae vitae*, nos han movido a subrayar ciertos aspectos que, a veces, han quedado desdibujados en la pastoral matrimonial; concretamente, a recalcar aquellos principios y presupuestos doctrinales, sin los cuales es fácil caer en una visión parcial —y hasta errónea— o, por lo menos, negativa, de la encíclica *Humanae vitae*¹.

Numerosos han sido los estudios aparecidos en estos diez años, que, indudablemente, han permitido comprender mejor el alcance y significado de la encíclica. Por eso, intentar ahora hacer una historiografía, aparte de quedar fuera de los ámbitos de una comunicación, es tarea innecesaria después del exhaustivo número monográfico de *Lateranum*, de ochenta páginas, dedicado a la *Humanae vitae*². Nuestro interés se centra en el estudio de algunos aspectos o perspectivas que han sido menos destacadas en la presentación pastoral de la *Humanae vitae*, y que, a nuestro jui-

1. PABLO VI, Enc. *Humanae vitae*, 25-VII-1968. Se usa la traducción castellana de *Ecclesia*.

2. Cfr. G. BESUTTI, *Contributo bibliografico sulla "Humanae vitae"*, *Lateranum*, XLIV/1 (1978) 276-364. (Recoge prácticamente toda la bibliografía publicada hasta el momento sobre la encíclica).

cio, son fundamentales para la adecuada interpretación y aplicación de la encíclica.

La encíclica, como es sabido, es, en líneas generales, una exposición doctrinal y pastoral de uno de los aspectos más fundamentales de la moral matrimonial: el de la procreación; con el que, evidentemente, están estrechamente relacionados otros tan básicos como el de la mutua ayuda, el perfeccionamiento personal de los esposos, etc... Considerar, en consecuencia, que la encíclica atiende solamente a la licitud de la utilización de los métodos contraceptivos es reducir y minimizar de manera abusiva el auténtico contenido de su enseñanza. En el mismo defecto incurren quienes se acercan a su lectura pretendiendo encontrar tan solo una norma de moralidad para la regulación de la natalidad o de la paternidad responsable.

Es cierto que la encíclica tiene esa intención; pero apunta a mucho más: sobre todo es un documento para proteger la realidad matrimonial —“sabia institución del Creador para realizar en la humanidad su designio de amor”³—, de uno de los peligros —los pecados contra el bien de la prole—, que, dada la debilidad del hombre, le afectan con más frecuencia a lo largo de la historia⁴.

Volver a estudiar la doctrina de la encíclica *Humanae vitae* —y precisamente en aquellos puntos de más incidencia pastoral— viene a constituir, así, una manera de ahondar en la naturaleza del genuino amor conyugal y, por ello, de la moralidad matrimonial. “Exaltando la belleza del matrimonio —afirma Juan Pablo II— habéis tomado postura justa sea contra la teoría de la contracepción, sea contra los actos anticonceptivos, cual lo hizo la encíclica *Humanae vitae*. Yo mismo, hoy, con la misma convicción de Pablo VI, ratifico la enseñanza de esta Encíclica, escrita por mi predecesor, ‘en virtud del mandato que nos ha confiado Cristo’ ”⁵.

La “Humanae vitae”, interpretación de la ley natural

Es necesario, sobre todo, acentuar que la encíclica es una interpretación, legítima y obligada, de la ley natural. Ante un dato nuevo, proveniente de la investigación médica, a propósito de la

3. Enc. *Humanae vitae*, n. 8.

4. Cfr. *Ibidem*, n. 1.

5. JUAN PABLO II, *Discurso a los obispos de Estados Unidos*, 5-X-1979.

regulación de la natalidad, el Magisterio⁶ se pronuncia sobre la conducta moral que deben observar los esposos, y lo hace recurriendo una vez más a la ley natural. "En conformidad con esta su misión, la Iglesia dio siempre, y con más amplitud en los tiempos recientes, una doctrina coherente, tanto sobre la naturaleza del matrimonio como sobre el recto uso de los derechos conyugales y sobre las obligaciones de los esposos"⁷.

Esta interpretación de la ley natural —repetimos— no se circunscribe a dar una respuesta al tema de la licitud o ilicitud de los anticonceptivos como medio de la regulación de los nacimientos. La encíclica supera esa visión limitada y sitúa su enseñanza en el marco más amplio de la moral personal y conyugal, como ya había hecho la Constitución *Gaudium et spes*: "Al tratar de armonizar el amor conyugal y la transmisión responsable de la vida, la moralidad de la conducta no depende solamente de la rectitud de intención y de la valoración de los motivos, sino de criterios objetivos deducidos de la naturaleza de la persona y de sus actos, que respetan el sentido íntegro de la mutua donación de la procreación humana, en un contexto de amor verdadero"⁸.

Esta es la razón de que la *Humanae vitae* se detenga en los conceptos de "amor conyugal" y "paternidad responsable": puesto que, "en el intento de justificar los métodos artificiales del control de los nacimientos, muchos han apelado a las exigencias del amor conyugal y de una 'paternidad responsable', conviene precisar bien el verdadero concepto de estas dos grandes realidades de la vida matrimonial, remitiéndonos sobre todo a cuanto ha declarado, a este respecto, en forma altamente autorizada, el Concilio Vaticano II en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*"⁹.

No se puede olvidar que la inmoralidad en el uso de los contraceptivos no depende solamente del hecho de que impidan la generación —es decir, de que sean medios en sí malos—, sino

6. Está fuera de duda su continuidad con el Magisterio: Cfr. Enc. *Humanae vitae* n. 4. Recogemos también las palabras de Juan Pablo II: "No se puede tergiversar la doctrina de la Iglesia tal como ha sido expuesta claramente por el Magisterio, por el Concilio, por mis predecesores; pienso sobre todo en la encíclica *Humanae vitae* de Pablo VI, en su discurso a los Equipos Notre Dame del 4 de mayo de 1970, en otras numerosas intervenciones suyas" (*Discurso al CLER y al FIDAP*, 3-XI-1979).

7. Enc. *Humanae vitae*, n. 4.

8. CONC. VATICANO II, Const. Pastoral *Gaudium et spes*, n. 51.

9. Enc. *Humanae vitae*, n. 7.

de que vician el concepto mismo de "paternidad responsable". La paternidad, en efecto, viene a ser, entonces, sinónimo de *planificación*, entendida ésta con absoluta independencia de las "causas graves", de los "motivos serios"¹⁰. En la predicación y pastoral matrimonial y familiar deberá, pues, insistirse en la necesidad de vivir una paternidad responsable como expresión auténtica del amor conyugal; una paternidad que, en ocasiones, exigirá el uso de unos medios que regulen la natalidad¹¹, medios que, sin embargo, nunca serán contraceptivos. Así lo pide la ley natural y, en consecuencia, la misma dignidad de la persona humana.

Precisamente, a veces, en aras de un mal llamado personalismo se ha pretendido disociar e incluso contraponer las exigencias de la ley natural y el valor autónomo de la conciencia como norma fundante del actuar moral de los esposos. Como vía de argumentación, se ha seguido un camino que ofrecerá todas las apariencias de "naturalidad": por primera vez, en la historia de la regulación de la natalidad, se presentaba un fármaco que permitía, *aparentemente*, respetar la estructura de los actos conyugales. Y los esposos, al seguirlo, no harían otra cosa que actuar de manera libre y responsable. En definitiva, se trataría de dar al contraceptivo una consideración moral similar a la que se tiene respecto de los demás fármacos necesarios para el cuidado de la salud.

La encíclica, sin embargo, al rechazar¹² el uso de los contraceptivos como medios lícitos de la regulación de la natalidad, en base precisamente a las exigencias de la ley natural, afirma abiertamente el carácter esencialmente personal del amor conyugal¹³.

10. "En relación con las condiciones físicas, económicas, psicológicas y sociales, la paternidad responsable se pone en práctica ya sea con la deliberación ponderada y generosa de tener una familia numerosa, ya sea con la decisión, tomada por graves motivos y en el respeto de la ley moral, de evitar un nuevo nacimiento durante algún tiempo o por tiempo indefinido". *Ibidem*, n. 10.

11. Cfr. *Ibidem*, n. 16.

12. Algunos esperaban del Magisterio una decisión equivalente a decir que la mentira es buena, pensando que todo lo que se debatía era un *sí* o un *no* al uso de un fármaco. Cfr. C. WILLIAMS, *La renovación de la Teología moral en la perspectiva de la "Aeterni Patris"*, *Scripta Theologica*, XI/2 (1979) 761.

13. "El valor mismo del amor humano y su autenticidad exigen tanta castidad en el acto conyugal cuanta pide la Iglesia y la misma encíclica reclama. Son varios los campos en los que el hombre domina a la naturaleza y la somete a sí mediante medios artificiales. El conjunto de estos medios equivale en cierto modo al progreso y a la civilización. Mas en este campo, en el que se debe actuar a través del acto conyugal, el amor entre persona y

Porque ya no cabe —en el amor conyugal—, por tratarse de personas que se aman, ningún tipo de manipulación; algo que los contraceptivos suponen al no respetar el dinamismo natural del proceso generador: "El acto conyugal, por su íntima estructura, mientras une profundamente a los esposos, los hace aptos para la generación de nuevas vidas, según las leyes inscritas en el ser mismo del hombre y de la mujer. Salvaguardando ambos aspectos esenciales, unitivo y procreador, el acto conyugal conserva íntegro el sentido de amor mutuo y verdadero y su ordenación a la altísima vocación del hombre a la paternidad"¹⁴.

El respeto a la naturaleza de los actos —a la ley natural— es, así, la garantía de la dignidad personal de los esposos en el auténtico amor conyugal¹⁵.

El matrimonio, vocación divina

Las exigencias de la moral matrimonial no pueden ser captadas en su verdadera dimensión —y mucho menos ser vividas— si no es a partir de esta realidad: el matrimonio es, por designio de Dios, un camino de santidad. Esta observación es particularmente evidente en el campo de las relaciones conyugales. "El problema de la natalidad, como cualquier otro referente a la vida humana, hay que considerarlo, por encima de las perspectivas parciales de orden biológico o psicológico, demográfico o sociológico, a la luz de una visión integral del hombre y de su vocación, no sólo natural y terrena sino también sobrenatural y eterna"¹⁶.

Nos parece que se trata de una perspectiva tan fundamental que jamás puede omitirse. A nivel de formación de los esposos es necesario insistir en esa visión más amplia: de esa manera se superan, por una parte, los estrechos casuismos y, por otra, se ofrece la perspectiva real de las dificultades, al posibilitar los

persona, y en el que la persona se debe entregar a sí misma (y "entregar" quiere decir también "recibir" recíprocamente), el uso de los medios artificiales equivale a una alteración del acto de amar. El autor de la "Humanae vitae" tiene presente el valor auténtico del amor humano, que tiene a Dios como fuente y que está confirmado por la recta conciencia y por el sano "sentido moral". Y exactamente en nombre de este valor el Papa enseña los principios de la responsabilidad ética. *Esta es también la responsabilidad que pone a salvo la calidad del amor humano en el matrimonio*". K. WOJTYŁA, *La verdad de la Encíclica "Humanae vitae" de Pablo VI*, Palabra, n.º 161, I-1979, p. 35. Original en *L'Osservatore Romano*, 5-I-1969 y 12-XI-1978.

14. Enc. *Humanae vitae*, n. 12.

15. Cfr. *Ibidem*, n. 8 y 12.

16. *Ibidem*, n. 7.

caminos de su superación —la llamada divina, la ayuda de la gracia—, etc. “Es capital para los cristianos —recuerda Juan Pablo II— elevar la polémica contemplando el *aspecto teológico* de la familia, meditando en consecuencia sobre la realidad sacramental del matrimonio”¹⁷.

Por eso, sobre todo cuando se trata de la formación de los esposos cristianos, no se puede olvidar que las razones sobrenaturales son en definitiva las más convincentes: es ver la mano de Dios en el orden moral por El establecido para asegurar la felicidad *temporal* y *eterna* de los hombres, que quiere que los hijos vengan a la vida como fruto del amor de los padres. “Usar este don divino destruyendo su significado y su finalidad, aun sólo parcialmente, es contradecir la naturaleza del hombre y de la mujer y sus más íntimas relaciones, y por lo mismo es contradecir también el plan de Dios y su voluntad. Usufructuar, en cambio, el don del amor conyugal respetando las leyes del proceso generador significa reconocerse no árbitros de las fuentes de la vida humana, sino más bien administradores del plan establecido por el Creador”¹⁸.

Este es un cometido del todo irrenunciable en la presentación pastoral de la moral conyugal. Los pastores no sólo deben “dar ejemplo de obsequio leal, interna y externamente, al Magisterio de la Iglesia”¹⁹, sino de amar la verdad y “buscar su comprensión más exacta para hacerla más cercana a nosotros mismos y a los demás en toda su fuerza salvífica, en su esplendor, en su profundidad y sencillez juntamente”²⁰. En línea con la invitación que Juan Pablo II hace de “encontrar el lenguaje y las motivaciones profundas, ilustradoras de la doctrina permanente de la Iglesia de una forma que llegue y, si es posible, convenza, a los hombres de hoy en sus situaciones concretas, permitiéndoles responder, por ejemplo, a ciertas tendencias que se difunden como la de instalarse en el amor libre”²¹.

Por otra parte, si nos fijamos en la aceptación y práctica posterior de la doctrina de la *Humanae vitae*, es claro que ello depende, en buena medida, de la vida cristiana que se viva, de la respuesta práctica al hecho del carácter vocacional y divino del

17. JUAN PABLO II, *Discurso al CLER y al FIDAP*, 3-XI-1979.

18. *Humanae vitae*, n. 13.

19. *Ibidem*, n. 28.

20. JUAN PABLO II, *Enc. Redemptor hominis*, 4-III-1979, n. 19.

21. *IDEM*, *Discurso en la reunión del Consejo de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos*, 23-II-1980.

matrimonio. "Es importante que los esposos adquieran sentido claro de la dignidad de su vocación, que sepan que han sido llamados por Dios a llegar al amor divino también a través del amor humano; que han sido elegidos, desde la eternidad, para cooperar con el poder creador de Dios en la procreación y después en la educación de los hijos; que el Señor les pide que hagan, de su hogar y de su vida familiar entera, un testimonio de todas las virtudes cristianas"²².

Por eso es necesario insistir una y otra vez en la necesidad de una vida cristiana auténtica: con el recurso constante a la oración y a los sacramentos. Se trata, en el fondo, de responder a una llamada sobrenatural que, por ello, necesita de medios sobrenaturales: que hagan sobrenatural el contenido y contexto de la vida matrimonial. "La Iglesia, al mismo tiempo que enseña las exigencias imprescriptibles de la ley divina, anuncia la salvación y abre con los sacramentos los caminos de la gracia, la cual hace del hombre una nueva criatura, capaz de corresponder en el amor y en la verdadera libertad al designio de su Creador y Salvador, y de encontrar suave el yugo de Cristo"²³. "Enseñad a los esposos el camino necesario de la oración, preparadlos a que acudan con frecuencia y con fe a los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia, sin que se dejen nunca desalentar por su debilidad"²⁴.

22. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Conversaciones...*, n. 93.

23. Enc. *Humanae vitae*, n. 25.

24. *Ibidem*, n. 29.